

La publicación del capítulo que precede, hecha por la *Revista Nacional de Ciencias y Letras*, en su número de 15 de Abril del corriente año (1890), dió lugar á una controversia epistolar entre el Sr. Lic. D. Matías Romero, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de México en Washington, y el autor de este libro.

El Sr. Romero no creyó justas nuestras observaciones y se esforzó en demostrarnos lo que ya sabíamos: que siempre ha sido un servidor honrado y leal de su patria; y se esforzó igualmente en convencernos de que todos sus actos en la Conferencia Internacional, como los del Sr. Bolet Peraza fueron ajustados á las instrucciones que tenía y á su carácter diplomático.

Sería ajena á la índole meramente literaria de este libro la inserción de las cartas del Sr. Romero y de nuestras contestaciones. Por eso prescindimos de hacerla, mas no sin aludir á dicha correspondencia en estas breves líneas, para que conste la protesta del Ministro de México hecha en su propio nombre y en el del Sr. Bolet Peraza. Las cartas cambiadas fueron publicadas por el acreditado diario *El Nacional*.



**RICARDO GUTIÉRREZ.**

La melancolía apacible de que están impregnadas todas y cada una de las poesías del bardo argentino Ricardo Gutiérrez, tiene un eco simpático en el corazón de cuantos rinden culto al sentimiento. Poeta creyente, elevase á las esferas sublimes de la fe cristiana en demanda de consuelo, cada vez que á sus ojos se presentan las miserias de que es asiento perdurable nuestro planeta, y víctima el hombre que en él mora. Los tormentos desgarradores de la duda, las imprecaciones

horribles de la desesperación, no se traducen jamás en las notas del arpa eolia puesta en las manos de Gutiérrez por la musa del amor, de la tristeza y de la esperanza. Para cada dolor tiene un consuelo, para cada herida un bálsamo, y para cada lágrima una mano cariñosa dispuesta á enjugarla. Diríase que la más santa y amable de las virtudes,—la Caridad,—habla por su boca y derrama en sus bellísimos versos el raudal inexhausto de sus bondades celestes; diríase que es un corazón abierto á todas las ternuras, un alma á la que las propias tribulaciones han enseñado á ver en las de los otros que la pena es la fatal herencia que cupo al humano, y acérrese por eso á los que viven en el infortunio y bríndales los consuelos de que es la fraternidad tesoro inagotable.

Si canta Ricardo Gutiérrez las amarguras de *Los Expositos* y de *Los Huérfanos*, es para impetrar la conmiseración de todo aquel que disfruta el bien supremo de las maternales caricias bajo el dorado techo del hogar de sus abuelos, diciéndole:

“Ah! piensa que el Señor no puso en vano  
un rayo de piedad dentro del alma,  
y sobre el cielo de la tierra triste  
al sempiterno hogar de la esperanza.”

y cuando visita *El Campo Santo* y la tristeza inunda su alma al leer por donde quiera en las lápidas—páginas negras de las tumbas,—

*Aquí yace,—aquí duerme,—aquí reposa,* escápase de sus labios esta plegaria generosa:

“Que no te lean  
tras de una lágrima  
los ojos de la madre enternecida,  
los ojos ¡ay! de la mujer amada!”

¿Queréis saber cuánto es sagrada para Gutiérrez y cuán inviolable la vida humana? Escuchad cómo termina su canto *La pena de muerte*:

“Ni por toda la gloria de este mundo,  
ni por la parte que el Edén me guarda,  
mi mano escribirá mi nombre humilde  
al pié de las sentencias de matanza!”

Imposible me es resistir á la tentación de copiar aquí las sentidas y apacibles estrofas de la composición intitulada *Las dos almas*, porque en ellas, acaso mejor que en otras de las suyas, se transparenta la delicada sensibilidad de Gutiérrez al tratar asuntos eróticos:

“Huérfana, como el águila del cielo,  
errante como el céfiro del alba,  
triste como el destierro del proscrito,  
sola como la flor de la montaña,  
como el lucero  
de la mañana,  
así vivió tu alma sin la mía,  
así vivió mi alma sin tu alma!

“Como el cuerpo y la sombra de su cuerpo,  
como el mar y la onda de sus aguas,  
como el canto y el eco de su canto,  
como el sol y la lumbre de su llama,  
como los ojos  
y la mirada,  
así se unió tu alma con la mía,  
así se unió tu alma con mi alma!

“Sobre la tierra de extranjeras olas,  
bajo el cielo sublime de la patria,  
en las risueñas horas de la dicha,  
en la noche fatal de la desgracia,  
como dos ruedas,  
como dos alas,  
no se apartó tu alma de la mía,  
no se apartó mi alma de tu alma!

“Cuando el tremendo golpe de la muerte  
la misma tierra á nuestros cuerpos abra,  
tu alma en sus alas alzaré mi vida,  
mi alma la tuya subirá en sus alas  
hasta ese mundo  
de la esperanza,  
patria inmortal de tu alma y de la mía,  
patria inmortal de mi alma y de tu alma!”

Como la poesía que acaba de conocer el lector, son las demás que contiene *El Libro de las lágrimas* que forman la segunda parte del tomo intitulado POESÍAS ESCOGIDAS de Ricardo Gutiérrez, cuya segunda edición hecha en 1882 es la que tengo á la vista.

En el *Libro de los cantos*, figuran obras de más largo aliento, como *El Poeta* y *El Soldado*, *La hermana de la Caridad*, *La oración*, *El Misionero*, y *Cristo*, urna, cada una de ellas, de embriagantes perfumes, flor purísima abierta á los besos de la inspiración celeste, aura fresca que al posarse sobre la frente del mortal atribulado le redime de la angustia haciéndole pensar en Dios.

Mas á pesar de sus grandes bellezas, no son, ciertamente, las composiciones citadas las que muestran en toda su plenitud esplendente el estro poético de Ricardo Gutiérrez, sino sus poemas *La fibra salvaje* y *Láza-*

ro, que son suficientes, como alguien ha dicho ya, para cimentar una gloria; creaciones que, por su vigor y colorido, han sido calificadas de dantescas.

Miguel Cané, refiriéndose á la *Fibra Salvaje*, decía en 1860 que Gutiérrez había dispuesto el fondo de su cuadro con la naturalidad y la lógica con que lo habrían hecho Renni ó Rubens, dando á sus versos aquella forma suave, incisiva, imperecedera, que no le es dado emplear sino á los maestros del colorido; y que hay en el fondo del poema toda la verosimilitud y toda la profundidad que requieren las obras de una imaginación verdaderamente reflectiva, sin que esto le quite á la forma el encanto y la armonía que hace repetir, aun sin quererlo, las frases de Rossini y los versos del Tasso; y cuenta con que Cané, espíritu analítico y al propio tiempo discretísima autoridad en materia de bellas letras, no habría aventurado por deferencia amistosa encomio tan cumplido á la obra de un ingenio de veinte años, como lo era á la sazón Ricardo Gutiérrez.

Quince años después (1875), el mismo Cané se encargaba de robustecer aquel juicio, revelando, él que mejor que ninguno podía hacerlo, las excelsitudes del poeta y del médico argentino. Porque ha de saber el lector que Gutiérrez es en su patria lo que en la nuestra Peón Contreras: mimado hijo de las musas y entendido y diligente profesor de medicina.

Pero puesto que no examino todavía la personalidad científica de Gutiérrez, seguiré hablando del poeta.

En alguna parte he leído que Pedro Goyena, abogado y publicista argentino que por la pureza y brillantez

de su estilo goza en su patria de gran renombre, ha escrito páginas admirables sobre las poesías de Ricardo Gutiérrez, incurriendo sin embargo en el error de buscar la filiación literaria del autor de *La Fibra Salvaje* y del *Lázaro* en la escuela byroniana. Sobremanera sensible es para mí no conocer el juicio de tan docto escritor, porque de buen grado trasladaría aquí sus ideas más culminantes, no sin atreverme á expresar mi inconformidad con la síntesis de esas ideas, concretada á atribuir á Gutiérrez filiación byroniana. No, el poeta creyente, resignado á las penas de la vida terrena por la esperanza de otra existencia mejor, no puede haber bebido sus inspiraciones en las del mártir de Missolonghi, genuino representante de la duda eterna y devoradora, del enervador desaliento del momento histórico en que sus portentosas facultades poéticas se desarrollaron.

Citar siquiera fuese algunas de las innumerables bellezas que se hallan esparcidas en los dos poemas de que he hecho mención, equivaldría á algo así como aquel que en medio de la admiración y del entusiasmo que le produce contemplar las maravillas de un mosaico del Vaticano, se propusiese sin piedad destrozarlo para guardar aquellas de sus partículas que más atraen con invencible encanto la mirada del viajero artista, ó como quien embelesado en el centro de un jardín de brillantes flores quisiera acaparar las más hermosas y terminase por reunir algunas en informe ramillete. Quédense, pues, en su sitio, con todos sus esplendores, como las estrellas que tachonan el azul firmamento en

las serenas noches de las regiones tropicales. Hay cierta impiedad, es consumir una profanación, arrancar de la corona del poeta,—de su obra mejor,—las joyas que brillan en ella, por el pueril afán de manifestarse hábil para verificar la selección. En un mar de perlas, no es grande hazaña recoger aquellas sobre las cuales juega la luz y produce los cambiantes más hermosos. Leed *La Fibra salvaje* y el *Lázaro*, y si sois vanidosos podréis sin esfuerzo conquistar el nombre de buzos afortunados.

Mas, tiempo es ya de hablaros del médico, toda vez que conocéis al poeta.

Nacido Gutiérrez en la opulenta Buenos Aires en 1840, hizo en la Facultad Médica de la misma ciudad sus estudios, y una vez obtenido el título profesional, emprendió un viaje á Europa con el fin de perfeccionar los conocimientos en la patria adquiridos.

Tuvo en sus mocedades fama de estudiante poco aplicado; pero de hombre de inmenso talento. Su tesis hizo época, porque todos, profanos é iluminados, al decir de quien bien instruído está en estos pormenores, se arrebatában aquellas páginas soberbias inspiradas por un altísimo sentimiento de caridad, y escritas con una elevación de estilo desconocido hasta entonces en la tierra argentina, en obras de su clase. Si el cargo que sus condiscípulos le hicieron de falta de aplicación, fué, entonces, fundado, encargóse él de desmentirlo cuando, ya en París, ostentóse asiduo concurrente á los cursos y clínicas de los hospitales, profundizando sus conocimientos en las enfermedades de los niños,

especialidad que, como atinadamente dice el Dr. Cané, transforma al médico en un agente divino.

Casi diariamente recorría en la mañana tres ó cuatro hospitales, y después discutía sus dudas y cambiaba sus observaciones con otro joven, compatriota suyo y dedicado como él á la más difícil de las ciencias. Después tornó á su nativo suelo atesorando tan copioso caudal de conocimientos, que ha conseguido, con una constancia admirable, según afirma uno de sus biógrafos, adivinar en los niños hasta el más leve sufrimiento, escondido en esos cuerpos débiles como el tallo de una flor. "Más de una vez, dice el escritor á quien aludo, se le ha visto observar el quejido de un niño y por él deducir qué dolor le mortifica; sin embargo, Ricardo sostiene que en esas adivinaciones queda muy atrás de las madres."

Gratitud y cariño tributa al Dr. Gutiérrez la sociedad bonaerense, porque á sus asiduos cuidados y á la ciencia que atesora deben muchas madres la felicidad indecible de haber visto arrebatar de las garras de la muerte á esos pedazos del corazón que el pobre lenguaje humano llama hijos; estrellas que alumbran con vívidos resplandores el hogar, y que si un día se apagan, lo hunden en las horrorosas tinieblas del dolor y de la amargura. Tengo para mí, que Ricardo Gutiérrez, corazón abierto, como dije antes, á todas las ternuras, siente inefable delicia, satisfacción más íntima, cuando estrecha su mano otra mano en señal de reconocimiento y cae sobre ella la tibia gota del llanto maternal, que cuando arrojan á sus plantas las coronas que para su

frente de poeta entretejen el entusiasmo y la admiración de los que se deleitan con sus hermosos cantares.

Hay, pues, una dualidad por todo extremo simpática, en Ricardo Gutiérrez: el poeta que con las notas de su arpa toca y conmueve las fibras más delicadas del corazón, y el médico que vierte la paz y la dicha en los hogares, reteniendo al lado de sus padres á esas avecillas que se agitan en el caliente nido, en inquietud eterna, ansiando lanzarse al infinito espacio para huir de las arterías que en la baja tierra perturban de continuo al que traspone los lindes de la única edad feliz.

Pero las facultades de cada una de las partes de esa dualidad, se compenetran de tal suerte, se completan y fusionan con tan firmes vínculos, que puede decirse que el poeta es tal, porque hallan albergue en su alma los más dulces amores, y el médico de los niños lo es, porque el que ama á la mujer daría por ahorrarle una lágrima, la sangre misma de sus venas.

Los que al leer las poesías de Gutiérrez intituladas: *La Hermana de la Caridad, La Oración, El misionero, y Cristo*, así como algunas otras del "Libro de las Lágrimas" quieren señalarle un lugar entre los poetas místicos, por la suave unción de que se hallan impregnadas esas obras, no atinan á la verdad. Todo lo que es bueno, grande y generoso le cautiva y encanta; pero á su espíritu, ilustrado por el saber y por la experiencia, no se le oculta, no puede ocultársele, que lo bueno, lo grande y lo generoso no ha sido, no es, ni será nunca patrimonio exclusivo de los adeptos de religión alguna

determinada. Cree y espera, mas no ha pretendido nunca echar sobre sus hombros la pesada cruz del apóstol, ni mucho menos se ha agitado nunca en las convulsiones de la ira del sectario que juzgándose el solo poseedor de la verdad, se siente capaz de arrojar á la hoguera á quien acata á la divinidad bajo la forma que su razón libérrima le aconseja. La intolerancia no es por cierto el atributo de las almas nobles. Hondo sentimiento de tristeza, no rabia ni despecho, infunde á los sinceros creyentes ver que por distintas sendas buscan otros la luz serena de la verdad. Podrá en sus palabras traducirse un ruego; jamás un reproche.

Mas dejemos á los que de asuntos del *fuero interno* gustan, el estudio de la parte moral y filosófica de la obra de Gutiérrez, y digamos algunas breves palabras para terminar, respecto de la novela que publicó en 1880, intitulada *Cristián*.

Es una nueva revelación del sentimiento poético de Ricardo Gutiérrez, su novela *Cristián*. Y he aquí otro punto de contacto que encontramos entre el autor argentino y nuestro compatriota Peón Contreras. Este en su *Taide*, como aquél en su *Cristián*, no han podido ocultar que ante todo y sobre todo, son poetas. Más bien que una narración entretenida ó un drama, *Cristián* es un poema de dolor y de lágrimas, como lo es *Taide*, inspirado por la musa de la melancolía; tan sentido y tierno que parece escrito para desahogar íntimos pesares que el poeta no se ha atrevido á revelar en las estrofas de sus cantos, y los ha velado, mas no tanto que la mirada no pueda, al espaciarse en las páginas de

la novela, descubrir la personalidad, ó el subjetivismo, como se usa hoy decir, del autor.

El argumento de *Cristián*, que es un romance breve, no es para explanado en un artículo de la índole del presente. Los que en la obra de arte quieren á toda costa encontrar ideas tendenciosas, los que tienen por tarea baladí realizar nada más que la belleza en la creación literaria, y los que pugnan por convertir el libro en propagandista de los dogmas religiosos, como si novelista y predicador fuesen una misma cosa, esos, menospreciando las galas del *Cristián* tacharán la obra de inmoral y no podrán darse cuenta de cómo el autor de libros como el de los *Cantos* y el de las *Lágrimas*, orillado en ellos al misticismo, según algunos espíritus preocupados, ha podido embellecer con las hermosas flores de su inspirado ingenio, una fábula en la que juega papel tan principal el reprobado amor á la mujer ajena.

Sin embargo, y harélo constar á fin de que esta parte de mi estudio no enajene ciertas voluntades al poeta y doctor argentino, á Gutiérrez nadie podrá tacharle por su *Cristián*, de corruptor de las buenas costumbres, toda vez que no ha sido su intención santificar la falta, sino pura y simplemente mostrar un corazón lacerado por una pasión irresistible y avasalladora que conduce al remordimiento, primero, y después á la desesperación y á la muerte.

Como quiera que sea, Gutiérrez, poeta ó novelista, posee el arte de conmover hondamente el espíritu de sus lectores. Esto sólo, testifica que no es un autor me-

diocre; que sus obras son joyas de subidos quilates, y que la tierra argentina debe sentirse orgullosa de contarle entre sus hijos predilectos. Y tan es así, que Argerich, parco si los hay, en elogios, se los ha tributado muy calurosos á Ricardo Gutiérrez. "Hay en sus estrofas,—dice el severo crítico,—un soplo vital indecible, un atractivo que no sabría yo explicar satisfactoriamente, pero que circula por enmedio de esos cantos que se insinúan en el alma y la llenan de calor, de calor artístico, no obstante ser una contemplación triste y empapada en lágrimas de la vida pasajera."

Argerich agrega que Gutiérrez ha sabido desatar raudales de sentimientos y hacerlos correr entre lechos de flores, como algunos ríos de su país, de aguas olorosas y cristalina corriente.

Unimos á los del crítico argentino nuestros aplausos.



CLORINDA MATTO DE TURNER.

No creo necesario insistir, al tratar por segunda vez de una dama que cultiva las letras con éxito brillante, en las ideas expuestas en las páginas 54 y siguientes de esta obra. Cuando la mujer posee dotes como las que resplandecen en la Sra. Gorriti y en la Sra. Matto, bien puede ser literata, sin temor de que se la confunda con aquellas que escudadas con su sexo osan lanzar á los vientos de la publicidad páginas insulsas que la crítica deja pasar inadvertidas las más de las veces, y que por mera galantería suelen encomiar